

ÍNDICE

Capítulo I **EDIFICIOS EN LA ARQUITECTURA EGIPCIA** *(Esther Alegre Carvajal)*

INTRODUCCIÓN	19
1. ARQUITECTURA FUNERARIA	29
1.1. Mastabas	31
El cementerio real de Abydos y la unificación de Egipto	34
Saqqara: necrópolis de las dos primeras dinastías del Egipto faraónico	38
1.2. Pirámides	45
Pirámides del Imperio Antiguo	45
La pirámide escalonada del rey Zoser	46
Las pirámides del faraón Sneferu: la búsqueda de la pirámide perfecta	54
Las grandes pirámides de Gizeh	60
Las pirámides de Abusir	66
Pirámides del Imperio Medio	69
Conjuntos funerarios de la XII dinastía	70
Pirámides no faraónicas	73
Las pirámides del Sudán	75
1.3. Hipogeos	78
Hipogeos privados del Imperio Medio	81
Hipogeos del Imperio Nuevo	85
El Valle de los Reyes. La ciudad enterrada para los faraones muertos	85
Tumbas-hipogeas en las grandes necrópolis privadas	88
1.4. Tumbas-capilla	91

2. ARQUITECTURA RELIGIOSA: LOS TEMPLOS Y SUS RECINTOS SAGRADOS	93
2.1. Templos funerarios	95
Templos en los recintos de las pirámides	95
Templos funerarios independientes en el Imperio Medio ...	105
2.2. Templos y recintos consagrados a los dioses	112
Templos antes del Imperio Nuevo	112
La codificación del templo clásico egipcio en el Imperio Nuevo	115
El templo de Karnak	119
El templo de Luxor	125
Templos del periodo de Amarna	126
Templos del periodo Ramésida y Baja Época	128
Templos del periodo Ptolemaico	134
3. ARQUITECTURA DOMÉSTICA Y PLANIFICACIÓN URBANA	139
3.1. Palacios	141
3.2. Casa y ciudad	143
4. ARQUITECTURA MILITAR Y FORTIFICACIONES	147
BIBLIOGRAFÍA	150

Capítulo II
EDIFICIOS EN LA ARQUITECTURA
DE PRÓXIMO ORIENTE

(Consuelo Gómez López)

INTRODUCCIÓN	153
5. ARQUITECTURA RELIGIOSA: TEMPLOS Y SANTUARIOS	159
5.1. El templo en la sociedad mesopotámica	159
Los templos sobre plantaforma en la tradición sumeria: el modelo del Zigurat	161
De Eridú a los templos del periodo Protohistórico	161

El modelo de la Tercera Dinastía de Ur	169
Los zigurats de los grandes imperios de Mesopotamia: Asiria y Babilonia	171
Los «templos bajos» en la arquitectura mesopotámica	174
Los templos fortificados y el acceso en eje acodado	174
El templo de «cella ancha»	177
Los templos bajos de Asiria y Babilonia	179
5.2. Templos y santuarios de las «áreas periféricas»	187
Los templos hititas	187
Los templos sirios y fenicios	192
Los hebreos y el Templo de Salomón	196
6. ARQUITECTURA CIVIL: EL PALACIO	198
6.1. Los palacios de Mesopotamia	198
La cultura sumerio-acadia y su arquitectura palacial	198
El palacio de Mari	203
Las ciudades-residencia de Asiria y Babilonia	206
6.2. Los palacios de las «áreas periféricas»	213
Los palacios sirios e hititas: el bithilani	213
Los grandes palacios de la Persia Aqueménida	218
Pasargada y Persépolis	218
7. ARQUITECTURA DOMÉSTICA: LA CASA	224
7.1. El modelo de vivienda en Próximo Oriente	224
Casas circulares y ortogonales	224
8. LAS TUMBAS Y LOS RECINTOS FUNERARIOS	227
8.1. Mesopotamia	227
Las tumbas de fosa y los hipogeos del cementerio real de Ur	228
8.2. Las áreas periféricas	230
Hipogeos de las necrópolis reales sirias y fenicias	230
Mausoleos e hipogeos del Imperio Persa.	231

9. LA CIUDAD Y SUS MURALLAS	233
9.1. Mesopotamia	233
Fortificaciones de las ciudades asirias: Assur y Jorsabad	234
La ciudad de Babilonia	235
9.2. Las áreas periféricas	237
Arquitectura militar hitita	237
Fortificaciones de las ciudades luvio-araméas	240
Ciudades y fortificaciones en Siria, Fenicia y Palestina	241
BIBLIOGRAFÍA	243

Capítulo III

EDIFICIOS EN LA ARQUITECTURA HELÉNICA

I

LA ARQUITECTURA DEL EGEO Y SUS MODELOS DE EDIFICIOS

(Consuelo Gómez López)

INTRODUCCIÓN	249
10. LOS PALACIOS DE CRETA Y MICENAS	256
10.1. Los palacios cretenses	256
El palacio de Knossos	261
10.2. Las villas	266
10.3. Los palacios micénicos	267
11. LA ARQUITECTURA FUNERARIA: LAS TUMBAS	272
11.1. Tumbas tipo tholos en el mundo cretomicénico	273
El Tesoro de Atreo	276
11.2. Las tumbas de cámara	279
11.3. Las tumbas-casa de la cultura cretense	281
11.4. Las tumbas de fosa en Micenas	281
12. ARQUITECTURA MILITAR: ACRÓPOLIS Y FORTIFICACIONES DE LA CULTURA MICÉNICA	283

II

EDIFICIOS DE LA ARQUITECTURA GRIEGA

INTRODUCCIÓN (<i>Consuelo Gómez López</i>)	291
13. LA CIUDAD GRIEGA (<i>Esther Alegre Carvajal</i>)	299
14. ARQUITECTURA RELIGIOSA: TEMPLOS Y SANTUARIOS (<i>Consuelo Gómez López</i>)	306
14.1. Los templos	306
El origen del templo griego y la configuración de los órdenes	307
El orden dórico	315
El orden jónico	320
El orden corintio	323
El templo dórico	325
Los templos dóricos del arcaísmo en la Grecia Continental y la Magna Grecia	325
El siglo v a.C.: configuración y definición del templo dórico de época clásica	331
La acrópolis de Atenas y el Partenón	338
La evolución del templo dórico tras el siglo v a.C.	345
El templo de orden jónico	347
La definición de la tipología	347
Los templos jónicos del Clasicismo	350
El jónico del siglo iv a.C. y el Helenismo: los templos de Asia Menor	355
Los templos y el orden corintio	357
14.2. Los santuarios y sus edificios de culto: tholoi y tesoros	359
Los tholoi	361
Los tesoros	362
15. ARQUITECTURA FUNERARIA: LAS TUMBAS	364
16. ARQUITECTURA PÚBLICA (<i>Esther Alegre Carvajal</i>)	367
16.1. Arquitectura pública institucional	370
Bouleuterion	370
Pritaneion	375

Ecclesiasterion	377
Arquitectura para el deporte y la educación: los gimnasios	378
16.2. Espacios públicos para la ciudad	382
Ágora	382
Estoa	392
16.3. Arquitectura de espectáculos	397
Teatro	397
Odeón	402
Estadios	403
16.4. Arquitectura conmemorativa	404
16.5. Arquitectura pública utilitaria	409
17. ARQUITECTURA DOMÉSTICA	411
17.1. La casa	411
17.2. El palacio	416
18. ARQUITECTURA MILITAR Y FORTIFICACIONES	418
18.1. Fortificaciones ciudadanas	418
BIBLIOGRAFÍA	423

Capítulo IV

EDIFICIOS EN LA ARQUITECTURA ITÁLICA

I

LA ARQUITECTURA ETRUSCA

(Consuelo Gómez López)

INTRODUCCIÓN	429
19. ARQUITECTURA RELIGIOSA: EL TEMPLO	432
19.1. El templo de triple <i>cella</i>	432
20. ARQUITECTURA DOMÉSTICA	436
20.1. La <i>domus</i> itálica y los palacios	436

21. ARQUITECTURA FUNERARIA: TUMBAS	438
21.1. Tumbas de fosa, tumbas túmulo e hipogeos	438
22. CIUDAD, OBRAS PÚBLICAS E INGENIERÍA	445
22.1. La organización urbana, las fortificaciones y los sistemas de infraestructura	445
BIBLIOGRAFÍA	448

II

LA ARQUITECTURA EN ROMA

INTRODUCCIÓN (<i>Esther Alegre Carvajal</i>)	449
23. LA CIUDAD ROMANA	470
24. ARQUITECTURA RELIGIOSA: TEMPLOS Y SANTUARIOS (<i>Consuelo Gómez López</i>)	478
24.1. El periodo republicano: la configuración del esquema ofi- cial de templo romano	478
24.2. Arquitectura religiosa en la Roma imperial. El mandato de Augusto y el modelo de templo itálico «helenizado»	485
24.3. Innovaciones tipológicas de los siglos II y III d.C.	488
Los templos abovedados: el Panteón	488
Los santuarios provinciales del Imperio Romano Oriental	492
25. ARQUITECTURA FUNERARIA	494
26. ARQUITECTURA PÚBLICA (<i>Esther Alegre Carvajal</i>)	501
26.1. Arquitectura pública institucional	503
El Foro: un espacio público institucional para la ciudad...	503
Foros de la época republicana. La creación de un modelo	504
El foro de Roma	504
El foro de Pompeya	508
Foros Imperiales: Planificación urbana y propaganda política	510
Foro de César	510

Foro de Augusto	513
Foro de Vespasiano o de la Paz	514
Foro de Nerva o Transitorio	514
Foro de Trajano	515
Foro de Septimio Severo	517
Basílica	518
Asociación de dos tipologías: Foro-Basílica	518
Basílicas de la época republicana	522
La basílica de Pompeya	522
Basílicas de César en Roma	523
Basílicas de la época imperial	524
Basílica de Trajano	525
Basílica de Majencio	526
Comicio	529
Curia	529
Biblioteca	530
Archivo	532
26.2. Arquitectura pública para espectáculos y ocio	533
Teatros	534
La estructura del teatro	535
El teatro asociado al templo	538
El modelo de teatro para espectáculos	541
Odeones	546
Anfiteatros	547
Configuración arquitectónica del anfiteatro	548
El Coliseo: modelo de anfiteatro	551
Anfiteatros en las provincias	555
Circos	556
Estadios	558
Termas	559
Estructura y significado de los complejos arquitectó- nicos termales	560
Primeros edificios termales	564
Codificación del modelo y desarrollo de las termas imperiales	564
26.3. Arquitectura conmemorativa	571
Altars	571

Arcos de Triunfo	574
Columnas conmemorativas	585
Trofeos	589
26.4. Arquitectura pública comercial	590
Mercado.....	590
El <i>macellum</i>	590
Los mercados de Trajano	592
27. ARQUITECTURA DOMÉSTICA	595
27.1. Tipologías de vivienda popular	596
Domus	596
Insula	599
Arquitectura doméstica en Ostia	600
27.2. Villa	602
La villa urbana o villa de recreo	602
Villa de Adriano en Tívoli	605
27.3. Palacio	608
Primeras residencias imperiales	609
El <i>Palatium</i>	611
Palacios imperiales fuera de Roma	614
28. ARQUITECTURA MILITAR: MURALLAS Y FORTIFICACIONES ..	616
28.1. Fortificaciones imperiales	617
Limes	617
Murallas en las fronteras	619
Campamentos militares	621
28.2. Murallas ciudadanas	623
Murallas en la ciudad de Roma	624
29. OBRAS PÚBLICAS Y DE INGENIERÍA (<i>Esther Alegre Carvajal</i>)....	626
Acueductos.....	626
Puentes	632
Calzadas	635
BIBLIOGRAFÍA	641

INTRODUCCIÓN

En la civilización egipcia, desarrollada a lo largo de tres milenios en torno al estrecho valle fluvial del río Nilo, se hace evidente la íntima vinculación que existe entre sus condiciones geográfico-ecológicas y su florecimiento cultural. Sin apenas lluvias, este valle, encajonado entre dos formidables desiertos que lo protegen, conforma a lo largo de todo su recorrido un oasis fertilizado por la crecida anual que inunda la llanura que se extiende hacia el Norte, a partir de la primera catarata de Asuán, y se ensancha hasta el delta del Nilo. La necesidad de superar y aprovechar la crecida anual del río hizo que, desde muy temprano, en Egipto se constituyera una cultura altamente desarrollada, con un Estado perfectamente organizado y centralizado y con unas creencias religiosas que sustentaban y alimentaban los cimientos de su peculiar organización. La arquitectura y el arte en general fueron los instrumentos necesarios para la manifestación de esta cultura. Así, se puede afirmar que la civilización egipcia, eminentemente constructora, utilizó la arquitectura como una manera de expresarse, como un medio a través del cual dar forma externa a la estructura de su sociedad y de su Estado, como un modo de manifestar sus creencias en el *más allá* y en sus dioses.

Los todavía prehistóricos habitantes de Egipto se agruparon en *nomos*, pequeños asentamientos urbanos surgidos alrededor del valle del Nilo, e iniciaron la ingente tarea de controlar las crecidas del río mediante diques y canales. Esta labor requería un esfuerzo de conjunto que propició la colaboración de diversas comunidades, las cuales acabaron aceptando el liderazgo de una de las aldeas y la preeminencia de un dios local. Hacia el tercer milenio antes de Cristo, estas primeras comunidades realizaron un descubrimiento excepcional: la escritura mediante el alfabeto jeroglífico. La escritura, las técnicas de control de las crecidas, la coalición y organización de algunas comunidades y las luchas y enfrentamientos de otras, fueron las cau-

sas por las que se delimitaron dos reinos: el Bajo Egipto, en el norte, y el Alto Egipto, en el sur. En estos reinos se fueron gestando unos incipientes Estados que logró unificar Menes, príncipe del Alto Egipto, hacia el año 2200 a.C. Con Menes se abre el Período Protodinástico, que se extiende a lo largo de las dinastías I y II. De esta época se conservan importantes muestras arquitectónicas en el cementerio real de Abydos.

Siguiendo la clásica periodización establecida, a partir de la III dinastía se inicia el Imperio Antiguo, que se extiende hasta la X. La dinastía se inaugura con el desplazamiento definitivo del centro económico y político a Menfis, ciudad fundada por Menes, que se convierte en la capital del Egipto unificado. El Imperio Antiguo se caracteriza por un absoluto dominio de la institución faraónica y por una perfecta organización y centralización del Estado, ambos factores favorecen la eclosión de las grandes pirámides construidas como gigantescas tumbas de sus reyes.

Con la VI dinastía (2325-2150 a.C.), los príncipes de Heracleópolis se hacen con el poder y trasladan la capital a esta ciudad; con ellos se abre una etapa caracterizada por la inestabilidad interior y por las constantes disputas por el trono, lo que propició el derrumbamiento de la monarquía al final del largo reinado de Pepi II. Tras esto, sigue un Primer Período Intermedio, una era feudal, de breve duración, caracterizada por los diversos conflictos norte-sur a causa del dominio del territorio y por el decaimiento de todas las artes. Especialmente se abandonaron los grandes proyectos arquitectónicos, imposibles de llevar a cabo sin un Estado perfectamente organizado y una autoridad fuerte.

Los primeros gobernantes del Imperio Medio, largo período que comprende las dinastías XI (2040-1991 a.C.) y XII (1991-1783 a.C.), fueron señores de Tebas, ciudad enemiga de los príncipes de Heracleópolis. Éstos restauraron el orden y el prestigio de la casa real y reunificaron Egipto. La capitalidad se estableció en Tebas, importantísimo emporio comercial dominado por el grupo social de los grandes mercaderes y comerciantes, quienes prestaron todo su apoyo al gobierno de los faraones. El Imperio Medio, aunque mantuvo tipos arquitectónicos propios del Imperio Antiguo, entre otros las pirámides, ya empezó a anunciar una nueva arquitectura. Tras la muerte de Amenemhat III, se debilitó progresivamente el poder absoluto de los faraones tebanos y Egipto se desmembró en pequeños territorios, lo que facilitó la entrada de los reyes hicsos, con los que se inicia el Segundo Perío-

do Intermedio. Los hicsos establecieron su capital en Avaris, y Egipto, nuevamente fragmentado, fue gobernando mediante reyezuelos sometidos a su poder. De este momento se conservan interesantes muestras constructivas, entre otras las tumbas de los monarcas locales en especial de la zona de Tebas, que tuvieron una influencia decisiva en las nuevas formas arquitectónicas del período siguiente.

Ahmosis, príncipe tebano fundador de la XVIII dinastía (1550-1307 a.C.), logró expulsar definitivamente a los reyes hicsos y unificar nuevamente Egipto. Este acontecimiento marcó el inicio del Imperio Nuevo (1550-1070 a.C.), que comprende las dinastías XVIII, XIX y XX, período sobre el que existe mucha información. La ciudad de Tebas recuperó la capitalidad del imperio, teocrático y centralizado hasta límites inigualables, y Egipto se lanzó a la expansión y conquista territorial. Se impuso la supremacía del culto tebano al dios Amón y la construcción de templos dedicados al mismo se convirtió en una de las máximas de los faraones tebanos. Además, aumentó enormemente el poder de la casta sacerdotal, que ocupó gran parte de los cargos públicos y políticos. Esta situación se vio alterada con la subida al trono de Amenofis IV, Akhenatón, que llevó a cabo una auténtica revolución religiosa, el único cisma religioso producido en Egipto a lo largo de sus tres mil años de historia. Éste suprimió el culto a Amón y a los antiguos dioses —como consecuencia desaparecieron sus castas sacerdotales—, y estableció a Atón como Ser Supremo; quedan innumerables muestras del arte de esta época, fundamentalmente las ruinas de Amarna, única ciudad conservada como tal. Tras la muerte de Akhenatón, se restablecieron los antiguos cultos y dioses.

A la XX dinastía (1196-1070 a.C.), le siguió un largo período de casi ocho siglos que se dividió de forma diversa. El Tercer Período Intermedio abraza las dinastías comprendidas entre la XXI a la XXV. Durante los primeros cuatrocientos años, XXI y XXII dinastías, las formas del reino nuevo de la época ramésida se mantuvieron en un proceso de declive evidente. Posteriormente, la invasión cusita de los reyes de Sudán (que los griegos llamaron Etiopía y los romanos Nubia), procedente del sur, provocó un renacimiento que continuó bajo los reyes saítas, tras la interrupción de la breve ocupación asiria. De este tiempo no se han conservado construcciones de importancia.

Egipto ya no era capaz de detener la agresión extranjera y a los asirios siguieron, un siglo más tarde, los persas, dinastías que van de la XXVII a la XXX (524-343 a.C.). La cultura egipcia mantuvo su coherencia a lo largo de

todo este tiempo; incluso a pesar de haber adoptado algunas formas nuevas mantuvo su peculiaridad frente al novedoso espíritu helénico. Así, a lo largo del Período Ptolemaico, que duró más de tres siglos, se erigieron numerosos templos, en la actualidad bien conservados, que seguían la misma estructura, planta y concepción espacial fijada siglos antes, en el Imperio Nuevo, últimas muestras de la vitalidad de esta gran cultura.

Durante el dilatado y complejo período histórico en el que se desarrolla la civilización egipcia, los modelos de arquitectura llevados a cabo presentan la misma unidad temática que los erigidos en el mundo antiguo, es decir, se construyeron las mismas tipologías arquitectónicas: viviendas, palacios, templos, tumbas, edificios públicos, etc., aunque estas construcciones muestran una enorme disparidad formal, estilística y constructiva con respecto a las proyectadas en otras culturas. Especialmente la tumba, debido a las peculiaridades propias de la cultura egipcia y a su creencia en la vida del *más allá*, ofrece un desarrollo excepcional.

El estudio de estos modelos arquitectónicos presenta un importante problema: la destrucción causada por el paso del tiempo, que afecta a una gran parte de los testimonios. Esta pérdida tiene un carácter selectivo: han pervivido los edificios construidos en piedra, mientras que han perecido los construidos en adobe y con materiales menos resistentes. Estos últimos se han visto sometidos no sólo al abandono y al paso del tiempo, sino también al daño que suponía la inundación periódica del Nilo y a los cambios geográficos registrados en el valle y en el delta del río. Por tanto, es la piedra la que marca la permanencia de ciertos tipos arquitectónicos y la que los define como los más sobresalientes dentro de este conjunto. En piedra se construyeron no sólo los edificios más relevantes, sino los que habían de perdurar en el tiempo, es decir, aquellos que debían asegurar la vida eterna de los difuntos —las tumbas— y los que debían asegurar la vida eterna de los dioses —los templos—. El resto de las edificaciones notables —palacios reales, villas señoriales y centros de administración— fueron levantadas con adobe y materiales perecederos. En realidad, el uso de la piedra como material constructivo tuvo un sentido ideológico y religioso, ya que la construcción con ladrillo, adobe o tapial estaba lo suficientemente evolucionada como para solventar cualquier eventualidad.

Teniendo en cuenta estos datos, se puede afirmar que la mayor parte de la arquitectura egipcia ha desaparecido por la acción del tiempo y que

nuestro conocimiento actual, aunque con edificaciones grandiosas como las pirámides, es limitado. Un estado tan organizado y centralizado tuvo que utilizar multitud de edificios destinados a su administración de los que prácticamente no queda ninguna muestra, a no ser exiguas reproducciones en piedra en el complejo de la pirámide escalonada de Zoser o restos en la ciudad de Amarna. Igualmente, un estado guerrero y conquistador debió de desarrollar importantes tipos arquitectónicos destinados a la defensa del mismo y al mantenimiento de sus ejércitos, de los que han sobrevivido escasísimas muestras (ver *infra*). Por último, las ricas ciudades egipcias hubieron de estar cuajadas de edificios públicos y privados de los que no ha quedado rastro; quedan escasos ejemplos de arquitectura doméstica y de arquitectura palacial.

Por tanto, las tipologías arquitectónicas conservadas son simples —tumbas, templos y escasos palacios y viviendas—, lo que no quiere decir que lo sean en su desarrollo; muy al contrario, son ricas en cuanto a número de ejemplos y muestran una compleja progresión en la formulación de modelos completamente diferenciados, en especial en la tumba, con un espectacular florecimiento propio de tan singular cultura. Así, la arquitectura del Egipto faraónico está marcada, en lo sustancial, por los templos y las tumbas contruidos con un material —la piedra— que les otorga solidez, duración eterna y, dado el caso, protección frente a los salteadores y ladrones.

La adopción de la piedra como elemento de construcción no supuso la ejecución de una arquitectura apartada de la realidad cotidiana. Los egipcios tallaron en piedra formas copiadas de la naturaleza que ya habían modelado en materiales perecederos, en su arquitectura de adobe y barro. En piedra imitaron los haces de juncos, las coronas de las hojas de palma, los estilizados tallos del papiro, las ataduras de las hojas de palmetas o los muros inclinados en talud propios de las construcciones en adobe. La piedra no aportó una nueva visión de la arquitectura, su utilización no se tradujo en una investigación sobre las formas arquitectónicas, aunque sí permitió nuevos modelos constructivos. Reproducir los patrones extraídos de la naturaleza —formas orgánicas y vegetales—, era una tarea que implicaba un conocimiento del material y de sus técnicas de trabajo que los egipcios adquirieron después de largo tiempo; esta laboriosa investigación tenía un objetivo, expresar un contenido con cada forma arquitectónica, todas guardaban un fuerte sentido iconográfico. Basten estos dos ejemplos: la columna palmiforme es la representación de la naturaleza hecha piedra, es el árbol

sobre el que se comba la bóveda celeste; en la columna lotiforme, el loto es la flor que se abre al sol y que en forma de columna otorga al techo su función de cielo brillante e iluminado por el sol. El arte, y en concreto la arquitectura, se encontraban en el reino de la percepción sensorial. La piedra aportó un elemento específicamente sagrado: la permanencia, la durabilidad, la eternidad del material.

La arquitectura egipcia es cerrada y sólida, una arquitectura de volúmenes dominada por la masa y no por el espacio. Los mejores ejemplos son, por un lado, las pirámides, enormes construcciones macizas en las que tan sólo se excavan corredores y cámaras funerarias de reducidas dimensiones; por otro, las mastabas —también macizas—, asentadas sobre cámaras excavadas en el subsuelo; y, finalmente, los hipogeos, en los que no existe una estructura arquitectónica llena para albergar las cámaras y los corredores, sino que éstas se excavan directamente en macizos montañosos.



Columnas de capiteles vegetales.

Cuando los edificios dejan de ser estructuras masivas, como en los templos, no por ello éstas dejan de ser sólidas y cerradas, carentes de un espacio interior definido; en este sentido, los templos se caracterizan por el desarrollo de una compacta arquitectura adintelada, en la que el muro y un bosque de enormes y apiñadas columnas de piedra dominan sobre el espacio vacío, prácticamente inexistente; siempre nos hallamos ante un grueso muro que no presenta aberturas al exterior, a excepción de la puerta de acceso que, por su parte, se encuentra embutida en la estructura maciza y masiva de los pilonos. En esta arquitectura adintelada —estructura a compresión—, el muro y las gruesas columnas soportan todo el peso de la cubierta plana; no obstante, la función de las columnas está más cerca de la idea de elementos utilizados para compactar el espacio interior, hueco sin ellas, que a la de elementos sustentantes; este espacio se rellena con multitud de estatuas: del faraón, de los dioses, de altos funcionarios, de sacerdotes, etc., que acompañan y forman parte de estas construcciones.

Esta idea de edificio compacto y macizo queda reforzada por el papel de la luz; ésta, al ser escasa y penetrar por pequeñas aberturas en el techo, no ayuda a conformar y definir un espacio interior, sino que remarca una idea de oscuridad y de ámbito impenetrable. Es una arquitectura sombría donde la mínima luz define los espacios cerrados.

Marcada por la simetría y la armonía espaciales, en su arquitectura los diferentes elementos se organizan siguiendo un eje lineal, ya sea en el caso de ordenación de edificios propiamente dichos, como en los complejos de las pirámides, en los que se hallan los templos del valle, las calzadas ascendentes, los templos funerarios y finalmente las pirámides; o como en los templos, donde las diferentes estancias se ordenan consecutivamente siguiendo un eje lineal y se estructuran y evolucionan en la dirección que señala.

El eje organizador del espacio no afecta sólo, como se ha señalado, a las partes de un edificio, sino a grandes complejos arquitectónicos, como en el caso de las pirámides. Los egipcios no crearon únicamente edificios, aunque sean éstos los que han permanecido; inventaron y edificaron complejos arquitectónicos, auténticas ciudades para los vivos, para los muertos y para los dioses.

La combinación de todos estos elementos da como resultado una arquitectura monumental que en algunos momentos, como en la época ramésida, llega a ser gigantesca.

Frente a la más generalizada arquitectura cerrada al exterior, en la zona de Tebas se desplegó una arquitectura abierta, caracterizada por pórticos exteriores y terrazas ascendentes; igualmente monumental y ordenada siguiendo un eje lineal, se caracteriza por ser adintelada y maciza; sus soluciones, aunque con brillantes ejemplos, tienen un desarrollo muy limitado. Frente a esa imagen estabilizada de la arquitectura y del arte egipcio, a lo largo de sus tres mil años de historia se produjo una evolución continua que se constata en la permanente evolución de sus tipos arquitectónicos, aunque éstos conserven una imagen propia e inconfundible.

En ambos tipos de arquitectura existen unos espacios constitutivos básicos, los patios interiores porticados y las salas hipóstilas. Los primeros patios interiores y las primeras salas hipóstilas se construyeron en los templos funerarios de los complejos de las pirámides de Keops, Kefrén y Micerinos, en el momento en que la arquitectura egipcia y la tipología de la pirámide adquieren su forma propia; a partir de ahí, tanto unos como otras



Capitel campaniforme.

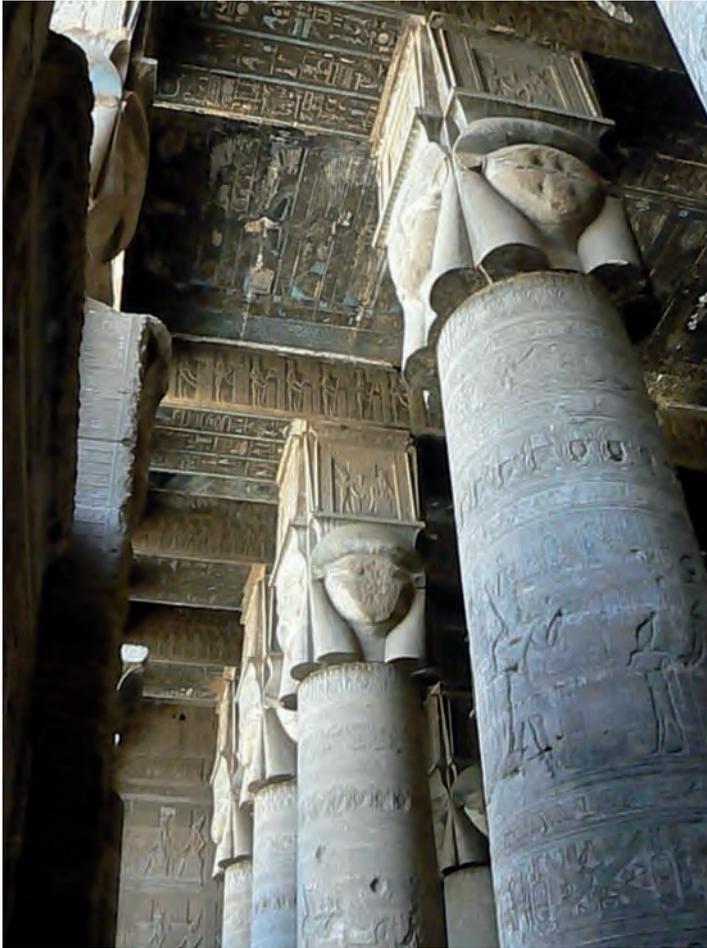
tuvieron una enorme expansión. En ellos, así como en el resto de la arquitectura egipcia, el pilar y la columna son los elementos esenciales, no sólo como partes básicas integrantes de la estructura del edificio, sino como elementos fundamentales creadores de la definición del espacio.

Las columnas se inspiran en especies vegetales y son los elementos que mejor muestran la reproducción de modelos extraídos de la naturaleza, con formas orgánicas tanto en los fustes como en los capiteles que adquieren formas diversas. Los capiteles más frecuentes fueron los campaniformes, sin duda el prototipo más popular del antiguo Egipto; los plantiformes, con un fuste estriado que responde al modelo de un tallo de planta; y los papiriformes cerrados, un haz de tallos de papiros con umbelas unidas, utilizada especialmente en el Imperio Nuevo. En los templos ptolemaicos, las formas básicas de las columnas egipcias, que habían permanecido inalteradas durante más de 2.500 años, experimentaron un proceso de diversificación. Combinando diversos motivos y siguiendo formas de distintas flores y plantas, se crearon verdaderos ramos de flores que parecen surgir de la superficie de la piedra.

En cuanto a su construcción, estas tipologías arquitectónicas requirieron una estructura perfectamente sistematizada: arquitectos, maestros albañiles y mano de obra altamente cualificada, además de ejércitos de esclavos que sirvieron como fuerza de trabajo. La extraordinaria organización de los grandes proyectos arquitectónicos reales ejerció una decisiva influencia en la centralización y burocratización del Estado, al tiempo que propició importantes avances en las técnicas y en las ciencias, por ejemplo en las matemáticas.

La extracción de la piedra y el transporte de materiales eran problemas que había que resolver y requerían una articulación y una planificación previa. Los egipcios aprendieron pronto a cortar grandes bloques de piedra, lo que permitió la escala monumental, en muchos casos colosal, de edificios y de estatuas. Estos bloques eran transportados a través del Nilo. Parece que en algunas canteras se dispusieron canales que las unían con el río y que se llenaban de agua en época de inundación, lo que permitiría el traslado de los grandes cubos de piedra con cierta facilidad. Para aligerar el peso de estos magníficos sillares se labraban de forma muy básica en la cantera.

El trabajo de la piedra fue uno de los oficios más prestigiosos en el antiguo Egipto. Todos los artesanos no esclavos que trabajaron en templos



Capiteles hatóricos.

y tumbas tuvieron una alta consideración dentro de la escala social. La creencia de continuar la obra iniciada por los dioses, hacía que se valoraran muy positivamente las tareas artesanales, artísticas y del obrero manual, lo que rodeaba a las personas que practicaban estos oficios de una consideración religiosa. Así, una de las profesiones más apreciadas fue la de arquitecto o director de las obras de templos y tumbas que era, dentro del funcionariado, una de las tareas más admiradas y de mayor responsabilidad, hasta el punto de que arquitectos como Inhotep, creador de la primera pirámide construida en piedra, fue venerado como un dios hasta época ptolemaica.

Finalmente hay que señalar como al acercarse al estudio de las tipologías arquitectónicas desarrolladas en el antiguo Egipto, se cuenta con una ventaja sobre el resto de las civilizaciones antiguas: la continuidad de una concepción estética básica que se impone a los diferentes modelos arquitectónicos y permanece en esencia, pese a algunas sensibles alteraciones a lo largo de tan dilatada secuencia temporal.

1. ARQUITECTURA FUNERARIA

Desde el nacimiento de la cultura egipcia, la creencia en el *más allá* y en la continuidad de la vida tras la muerte desempeñaron un papel fundamental. Ésta no se disociaba de forma irreconciliable de la muerte, que significaba el paso a una existencia eterna semejante en sus necesidades a la terrena.

Por los restos de tumbas encontrados se puede afirmar que, desde épocas prehistóricas, existía una creencia en la vida del *más allá*, que se intensificó con el tiempo y que a principios de la época histórica, en el Período Protodinástico, estaba perfectamente asentada y había adquirido una dimensión que la caracteriza frente a otras culturas, con una intensidad tal que hizo posible la construcción de las pirámides.

Atendiendo a estas creencias, la conservación del cuerpo y la provisión de lo necesario para afrontar esa vida, donde las necesidades eran las mismas, aunque acrecentadas, que en la tierra, se convirtieron en prioridades fundamentales para los egipcios. La preservación del cuerpo y la dotación del difunto impuso la necesidad de erigir tumbas, que se fueron haciendo cada vez más complejas y que evolucionaron en diferentes tipologías dependiendo de las épocas. Éstas se construyeron en la zona del desierto, apartadas de las húmedas crecidas del Nilo, en lugares donde la sequedad imperante ayudara a cumplir con su función primigenia: la conservación intacta del cadáver.

Para conseguir la conservación del cuerpo se recurrió a la momificación, arte en el que los egipcios se convirtieron en auténticos maestros. Con ella, se evitaba la descomposición de la imagen terrenal y se aseguraba la supervivencia en la otra vida. Sólo a un cuerpo que se conservara correctamente y no se corrompiera con el paso del tiempo volvería su *Ka*. El *Ka* era una de las emanaciones del espíritu, la fuerza vital que acompaña a la per-

sona en la vida y en la muerte. Éste aseguraba al hombre la perdurabilidad de su vida eterna, se le parecía como un hermano y era indestructible. Tanto para el difunto como para el *Ka* era precisa una morada para la eternidad, una tumba donde alojarse. La idea del *Ka* estaba estrechamente asociada con la escultura funeraria ya que, en su existencia separada, se le consideraba como un doble y un genio protector; en las tumbas, en el lugar destinado al *Ka* se colocaba la estatua del difunto. Igualmente estaba asociado con la alimentación; gracias a su intervención, el hombre, después de la muerte, podía gozar de la comida y de la bebida presentadas en el altar de las ofrendas por los vivos o representadas, en forma de pinturas, en las paredes de la capilla funeraria, pues sólo él podía ir y venir de la cámara funeraria propiamente dicha a la antecámara que contenía las ofrendas.

Así, la tumba se componía de un espacio que alojaba el cadáver del difunto momificado, un lugar específico para el *Ka*, una zona destinada al ajuar funerario, necesario para cubrir las necesidades del difunto en el *más allá*, y un altar en el que se recibían las ofrendas de los vivos. La articulación de estos espacios, de forma más simple o más compleja, fue el problema que hubo de resolver la arquitectura funeraria egipcia en cada una de sus tipologías: mastabas, pirámides, hipogeos u otras formas de enterramientos privados.

Convertida en morada de los muertos, en casa de eternidad, la tumba, es la tipología arquitectónica emblemática del arte egipcio; a ella se deben los avances constructivos y artísticos más destacados y en ella se alojan las producciones artísticas más depuradas. La construcción de enterramientos, especialmente de las tumbas reales, es una labor tan destacada a lo largo de toda la historia egipcia, que no sólo influye en la evolución de las formas artísticas propiamente dichas, sino que desempeña un importante papel tanto en el desarrollo del Estado, como en otros aspectos de la vida egipcia. La ejecución de tumbas fue el motor de desarrollo de la arquitectura egipcia, al menos a lo largo del Imperio Antiguo y del Imperio Medio, ya que los grandes templos fueron, en principio, funerarios y estuvieron asociados a los complejos arquitectónicos y urbanísticos de las tumbas; los templos dedicados a la divinidad no iniciaron su andadura hasta el Imperio Medio y llegaron al límite en el Imperio Nuevo.

Pero la tumba evolucionó desde la más simple, una estancia cubierta con un montículo de tierra o túmulo, hasta la complejidad que supone la pirámi-

de; ésta pasó a ser el lugar de exaltación de la grandeza de los reyes, así como de la cualidad de los dioses y de las personas más influyentes de la corte, lo que la convirtió en un monumento arquitectónico de primera magnitud.

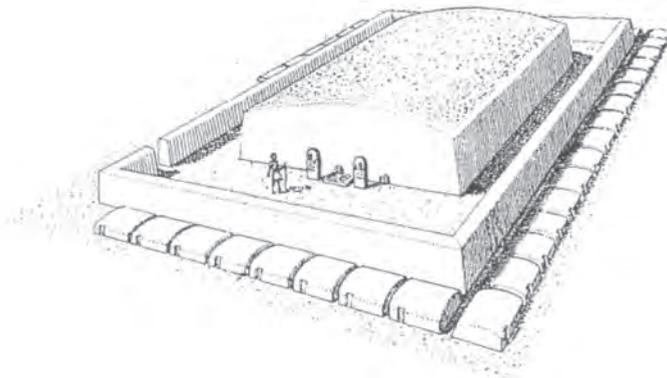
Dos tipos de tumbas desarrollaron una estructura arquitectónica notable, las tumbas reales y las tumbas de los altos funcionarios del Estado. Las primeras se diferencian del resto no sólo por su magnitud y suntuosidad, sino también por su estructura y evolución arquitectónica. En ellas fue donde se produjeron los más importantes avances técnicos y artísticos del arte egipcio.

Las tumbas reales responden a dos ideas fundamentales que rigen toda la cultura egipcia: por un lado, la ya señalada idea de la muerte y de la vida en el *más allá* y, por otro, la concepción del rey, desde el inicio de los tiempos históricos, como un dios. Hijo del dios Ra, el rey representaba al descendiente directo del dios sol creador, al tiempo que, en su asimilación con Osiris, continuaría rigiendo sobre el reino de los muertos. No obstante, a pesar de poseer esta esencia divina, el rey poseía una naturaleza humana, de ahí que fuera necesario conservar su cuerpo y construirle una tumba adecuada a las necesidades de un rey-dios.

1.1. Mastabas

Es la mastaba un tipo de tumba imperante durante largo tiempo en Egipto: época predinástica, Imperio Antiguo, Primer Período Intermedio y, en parte, Imperio Medio.

La mastaba surge de la unión de dos estructuras y de dos ideas de tumbas propias del Alto y del Bajo Egipto. Hasta la unificación, existieron diferentes formas de enterramientos. En el Alto Egipto, zona de pastores nómadas, se acostumbraba a sepultar a los muertos directamente en la tierra, en posición fetal, desnudos o envueltos en paños de lino; en las áridas tierras del desierto, siempre y cuando no entrara en contacto con las aguas subterráneas, el cuerpo se secaba completamente debido a la acción desinfectante y desecadora de la arena, con un alto contenido en sales naturales, con lo que quedaba protegido contra la descomposición. De ahí, los egipcios aceptaron la creencia en la necesidad de conservación integral del cadáver para poder gozar de la vida del *más allá*; al tiempo, estudiaron el principio cien-



Ejemplo de una mastaba.

tífico por el que se consiguió el gran avance de la momificación. Sobre estas iniciales sepulturas se levantaba un túmulo de piedras y arena.

Los habitantes del Bajo Egipto, agricultores sedentarios, enterraban a los muertos bajo las viviendas, costumbre de la que derivó la idea de construir, sobre el foso subterráneo de la tumba, un túmulo modelado a imitación de las casas. Con el tiempo, la construcción en superficie, siguiendo ese modelo, adoptó la forma característica de la mastaba.

Etimológicamente, la palabra árabe *mastaba* significa 'banco', imagen externa de este tipo de tumba, de ahí que el término fuera aceptado por los egiptólogos para designarlas. Su forma exterior, con planta rectangular y cubierta plana o de bóveda rebajada, es de pirámide truncada de variadas dimensiones; de hecho, las primeras tumbas reales conocidas sólo difieren de las particulares por su tamaño. Sus muros, de adobe, son rectos o ligeramente inclinados; en sus formas más avanzadas éstos aparecen decorados con pinturas o con molduras paralelas verticales, las denominadas mastabas con *reentrantes*, que imitan a las murallas de las ciudades predinásticas. Las fachadas se disponen orientadas a los cuatro puntos cardinales, con el eje longitudinal de la edificación orientado de norte a sur, si bien en muchos casos los constructores prescindieron de estas normas rituales.

Las mastabas se construían con ladrillos secados al sol. En sus manifestaciones más antiguas, los ladrillos hechos a base de arcilla, casquijo y arena eran de pequeñas dimensiones, mientras que en las más recientes eran de adobe y de mayor formato. En su interior se albergaba una capilla funeraria; en las tumbas más modestas la capilla quedaba reducida a un nicho abierto

en el muro, aunque generalmente suele ser una habitación situada en el lado oriental abierta al exterior por una puerta. En las edificaciones más suntuosas el número de estancias albergadas por esta superestructura puede llegar a cincuenta.

En la fachada sur se abría un corredor o *serdab*, lugar destinado al *Ka*, donde se situaba la estatua del difunto. Éste no tenía comunicación con el exterior; sólo en algunas mastabas se abría un pequeño hueco a través del cual los sacerdotes recitaban sus oraciones.

En el exterior y junto a la pared oriental de la capilla, se hallaba la puerta de la tumba propiamente dicha; inicialmente esta puerta podía abrirse, pero con el tiempo, cuando los usos funerarios se hicieron más simbólicos, fue sustituida por una falsa puerta en la que se colocaba una estela con el nombre y las dignidades del difunto.

El edificio de la mastaba constituía la estructura exterior que cubría una tumba subterránea, la cual, en su forma más simple, consistía en una cámara funeraria excavada a considerable profundidad y unida al exterior mediante un pozo sellado; en sus formas más complejas podía esconder una complicada red de cámaras subterráneas que servían como almacenes para las ofrendas funerarias destinadas a satisfacer las necesidades del difunto en la vida de ultratumba. El pozo, de una profundidad media de entre diez y doce metros, conducía a la cámara sepulcral en la que se depositaba el sarcófago; carecía de escaleras por lo que, para acceder a la cámara, era necesario descenderse con cuerdas. Tras el enterramiento, la puerta de piedra de la cámara mortuoria que daba acceso al pozo se sellaba y el pozo se cubría con piedra, arena y abundante agua.

Las primeras mastabas conocidas se corresponden con tumbas reales, lo que hace pensar que inicialmente se destinaron a enterramientos reales; más tarde, en la era de las pirámides, se dedicaron, casi exclusivamente, a albergar los restos de los altos dignatarios.

El esquema constructivo de la mastaba fue siempre el mismo: una capilla superior, un *serdab*, o corredor cerrado, y una cámara subterránea con su pozo. No obstante, no puede hablarse de uniformidad tipológica ya que, en su forma exterior, presentó importantes diferencias según la época, la región y la dignidad del personaje cuyo cuerpo albergaba, al tiempo que la parte subterránea se fue haciendo progresivamente más grande y más compleja.

Precedentes de las mastabas son las tumbas de la época predinástica aparecidas en Hieracópolis donde, antes de la unificación de Egipto, tuvo lugar una forma embrionaria de Estado. Su clase dirigente se enterró en tumbas que formaron auténticos cementerios diferenciados y elitistas. En ellos, las tumbas, de planta rectangular y con paredes reforzadas con planchas de madera, presentan ya una fosa de grandes dimensiones dividida por un tabique que separaba la cámara sepulcral de la de las ofrendas; en una de estas tumbas se halla la primera decoración pictórica mural en las paredes de una cámara sepulcral, decoración que se hizo habitual en épocas más avanzadas.

La estructura exterior que cubría esta tumba es desconocida, pues apenas quedan restos para poder identificarla; se cree que sería un túmulo de tierra con muros de contención de ladrillo, esquema básico que luego dio paso a las mastabas, de ahí que sea necesaria la cautela a la hora de hablar de arquitectura en el sentido estricto del término.

Con la unificación de Egipto, la monarquía adquirió una nueva dimensión y una nueva categoría en su función sociopolítica. La unificación creó las premisas de las que nació la arquitectura en su significado intrínseco. Por encargo del soberano, el cometido más noble de la arquitectura fue la construcción de los monumentos funerarios de los reyes del Egipto unido, hecho que queda reflejado, con precisión, en la evolución de las tumbas reales del cementerio de Abydos hasta el final de la I dinastía (3000-2800 a.C.).

La arquitectura monumental de ladrillo, surgida al final del Período Predinástico, fue el fundamento de la nueva arquitectura en piedra. El ladrillo de gran formato, de adobe cocido compuesto de barro y limos del Nilo, conformado en molde de madera, permitió el avance de los fundamentos técnicos de la nueva arquitectura a gran escala. Los elementos constructivos tradicionales, ahora elaborados con una mayor monumentalidad, dieron paso a la utilización de la piedra, y la característica de permanencia de este material lo convirtió en el elemento específicamente sagrado del edificio.

El cementerio real de Abydos y la unificación de Egipto

Tras la unificación, Abydos (Abidos) se constituyó en la necrópolis en la que se enterrarían los reyes. Situada en la llanura del desierto, en el territorio de This, es la ciudad de origen de la I dinastía (3000-2800 a.C.), el lugar



Tumba real de Abydos.

de culto más importante del dios Osiris y el centro religioso del Imperio Antiguo; en ella existen enterramientos desde la época prehistórica, y se puede seguir sin interrupción la serie de tumbas de jefes locales con la serie de los primeros reyes que gobernaron el Egipto unificado, la denominada dinastía 0 (3100-3000 a.C.).

Apenas quedan restos de la configuración exterior de las tumbas conservadas en Abydos; indudablemente se trataba de túmulos de tierra que se rodeaban con muros de contención de ladrillo, es decir, presentaban una primera y simple estructura de mastaba. Sin embargo, en estas tumbas se puede seguir la progresión, cada vez más complicada, de las cámaras subterráneas, así como el inicio de los primeros complejos funerarios.

Las tumbas más simples están formadas por dos cámaras rectangulares excavadas en el suelo del desierto y cubiertas al exterior, como se ha indicado, con un túmulo y muros de contención de ladrillo. Son las denominadas *tumbas de ladrillo*, que en sus primeras manifestaciones todavía no tenían

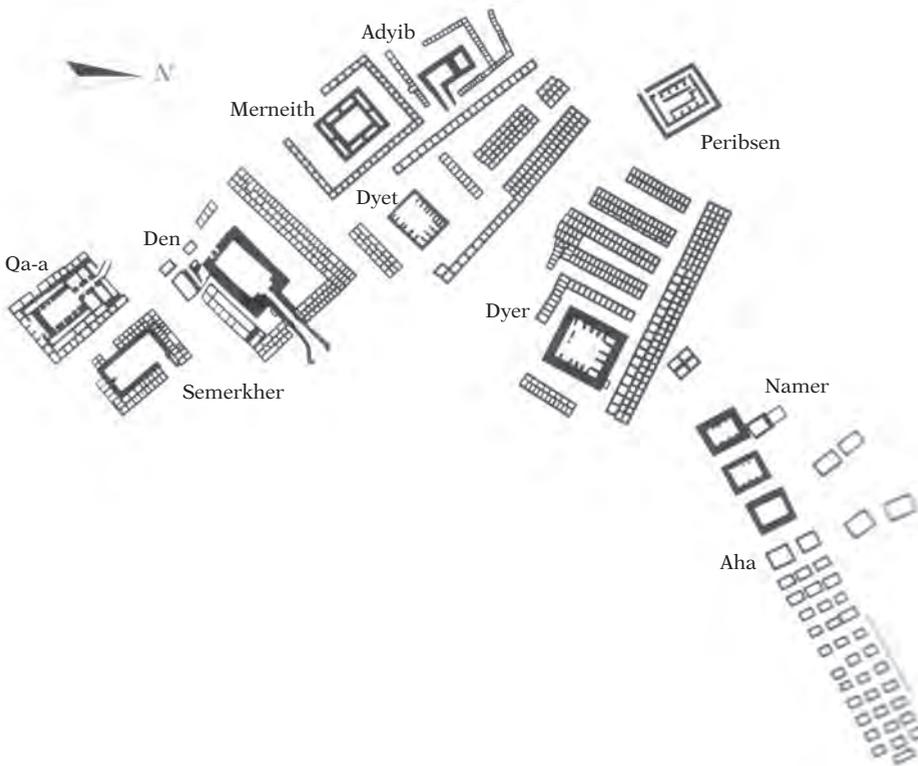
escalera, pero que se hicieron cada vez más complejas, tanto en estructura como en elementos adicionales y en funciones simbólicas. La forma más característica es la que presenta una o varias cámaras mortuorias, excavadas a una profundidad considerable y de amplias dimensiones, desde las cuales se da paso a estancias de menor tamaño, cámaras secundarias destinadas a ofrendas, que componen verdaderos laberintos. Las cámaras principales presentan muros de ladrillo y techos y suelos de madera o piedra. Su elemento característico es la escalera que unía la tumba con el exterior, cuya entrada se cerraba con grandes losas de piedra. La superestructura que cubría estos enterramientos, aunque no se ha conservado, respondía a la forma de túmulo descrito.

La evolución de este tipo de tumbas se puede rastrear en diferentes ejemplos conservados en la necrópolis de Abydos:

Desde la época del rey Aha, segundo de la I dinastía, existen testimonios de tumbas de ladrillo en las que se excavan por primera vez grandes agujeros en la roca o hipogeos para contener los aposentos funerarios; son las denominadas *tumbas rupestres*, que tuvieron un cumplido desarrollo (ver *infra*). La tumba del propio rey Aha no posee dos cámaras funerarias unidas, lo habitual hasta ese momento, sino tres de dimensiones bastante más amplias. Alrededor de esta tumba fueron enterrados, según parece sacrificados o vivos, miembros de la servidumbre real en tumbas secundarias, costumbre que se abandonó al final de la I dinastía. Se encontraron treinta y seis tumbas dispuestas en hileras paralelas, configuración que varió en las tumbas reales posteriores, que se dispusieron formando un rectángulo alrededor de la tumba real. Aunque se abandonó la costumbre del sacrificio, perduró la de enterrar junto a la tumba real a miembros de la corte formando una necrópolis propia.

En la tumba del rey Zer, tercero de la I dinastía, aparece también una importante novedad, un revestimiento de piedra de las paredes de la cámara funeraria y un techado con losas del mismo material, solución constructiva que anticipa la progresión hacia una arquitectura construida con piedra.

El paso siguiente se produce en la tumba del rey Dyer, donde se llevó a cabo una nueva ordenación espacial que fue el punto de partida de una evolución gradual en las siguientes generaciones. En lugar de varias cámaras funerarias pequeñas, se construyó una única cámara de grandes dimensiones alojada en una profunda fosa excavada en el suelo del desierto; en ella, sub-



Plano del cementerio real de Abydos.

dividida en distintas estancias para las ofrendas, se instaló un tabernáculo de madera donde se enterró al rey. Su techo estaba cubierto por un sólido entramado de vigas de madera; sobre ellas y al exterior, se puede constatar la existencia de un túmulo plano de arena, contenido por paredes de ladrillo, que tiene una primera forma de pirámide truncada o mastaba.

Pese a la complejidad que adquirieron estas tumbas, no se puede hablar todavía de estructuras monumentales, aunque sí clasificarlas ya como conjuntos funerarios. Además de la tumba real y de las tumbas de los sirvientes, a este complejo se suma, como muy tarde en la época del rey Dyer, un recinto ceremonial que todavía no se halla integrado en el mismo espacio que la tumba, sino situado en una zona alejada aunque conectado con ella; se trata de los denominados *recintos del valle* o *fuerter*, que consisten en unos espacios rectangulares rodeados por una muralla de ladrillo, decorada al exterior con un relieve regular con forma de nichos, probablemente edifi-

cados a imitación de los palacios reales fortificados. En las esquinas suroeste y nordeste se abrían puertas monumentales de acceso. Su distribución interior se desconoce, al igual que su función exacta. Se ha especulado sobre la posibilidad de que sirvieran para albergar al séquito real cuando el faraón visitaba el cementerio, como hacían los palacios conectados con los templos funerarios en el Reino Nuevo; o que se construyeron para que el rey los usara en la otra vida, como las estructuras erigidas alrededor de la pirámide escalonada de Saqqara; o para la celebración de grandes fiestas rituales; o para servir de lugar de recepción en las visitas reales, lo que les convertiría en precursores de los templos del valle que daban acceso a los recintos de las pirámides en el Reino Antiguo. Lo que es indudable es que estos recintos son el precedente directo del recinto funerario de la pirámide escalonada del rey Zoser en Saqqara.

Abydos no perdió su función tradicional de enterramiento de los faraones hasta el 2750 a.C. A partir de aquel momento los dirigentes egipcios prefirieron una sede funeraria más próxima a su residencia de Menfis. Este traslado supuso el inicio de una nueva tradición edificatoria que condujo a la pirámide escalonada de Saqqara y a la época de las grandes pirámides.

Saqqara: necrópolis de las dos primeras dinastía del Egipto faraónico

Durante mucho tiempo se creyó que el lugar de enterramiento de los reyes de las dos primeras dinastías se encontraba en el cementerio real de Abydos; sin embargo, el hallazgo en la necrópolis de Saqqara (Sakara) de tumbas mayores que las de Abydos, más ricamente dotadas y con mayor número de enterramientos secundarios alrededor del principal, llevó a pensar que, tras la fundación de Menfis como capital, estos monarcas decidieron enterrarse cerca de su nueva residencia, aunque erigieron cenotafios, sepulturas conmemorativas vacías, en Abydos, para mantener el nexo de unión con sus antepasados. Se enterraron en el Alto y en el Bajo Egipto, como reyes que eran de un territorio dual y al que correspondía una corona dual. Sin embargo, esta explicación no daba respuesta a muchos interrogantes.

Las últimas excavaciones llevadas a cabo en Abydos han demostrado que los reyes de las dinastías 0 y I fueron enterrados en esta necrópolis, mientras que los sepulcros de Saqqara corresponden a enterramientos de altos funcionarios residentes en la ciudad de Menfis. Esto da respuesta a uno de los

principales interrogantes que la explicación clásica había planteado, la no diferenciación entre los enterramientos de los reyes egipcios y los altos funcionarios, ya que en Saqqara existe mayor número de mastabas que reyes hubo de la I y II dinastía (3000-2650 a.C.). Esta no diferenciación entre tumbas reales y tumbas privadas hacía pensar que la institución del faraón no estaba tan definida como lo estuvo posteriormente, cuando se le consideraba hijo del dios creador, un dios el mismo, alejado de la condición humana.

Igualmente, las últimas excavaciones han demostrado que la ciudad de Menfis existía desde los mismos inicios de la historia de Egipto, aunque siguiera siendo Abydos lugar de enterramiento real hasta el 2750 a.C., cuando ya reinaba la II dinastía (2800-2650 a.C.).

Las tumbas encontradas en Saqqara, pertenecientes a la I dinastía, difieren de las erigidas en Abydos aunque, pese a su desemejante estructura exterior, las mastabas nunca cambiaron en cuanto a su forma general y a sus componentes esenciales. Las construidas en Saqqara responden al modelo denominado *gran mastaba de reentrantes*. Se trata de grandes estructuras de planta rectangular, construidas en ladrillo, cuyas paredes estaban decoradas con un complicado diseño a base de molduras paralelas verticales, de donde deriva el nombre de reentrantes o nichos. Estas paredes se recubrían con una argamasa de estuco de yeso blanco con el fin de que pudieran recibir decoración pictórica y se apoyaban en un zócalo decorado en ocasiones con cabezas de bueyes modeladas en barro. El primer ejemplo de estas mastabas se corresponde con la época del rey Aha.

Esta complicada construcción, tan alejada de las paredes lisas de las mastabas de Abydos, hace pensar en la existencia de alguna edificación que sirviera de modelo o al menos de precedente; o también en modelos importados desde Mesopotamia, donde la utilización del ladrillo había alcanzado un estadio más avanzado que en Egipto; esta relación no se ha podido sustentar suficientemente.

La mastaba cubría una complicada estructura subterránea, con cámaras funerarias excavadas en el suelo del desierto; progresivamente se subdividió hasta incluir cerca de cincuenta cámaras y almacenes, costumbre conservada todavía en los alojamientos subterráneos de la tumba de Zoser. Estas estancias, como en las tumbas de Abydos, se cerraron con un techo de potentes vigas de madera; sobre ellas se situaba un túmulo de tierra que, a su vez, era cubierto por la estructura de la mastaba de reentrantes.